

A LA
SOMBRA
DEL
HIJO

UNA NOVELA

I V A N O B O L E N S K Y

TRADUCIDA POR GERMÁN GONZÁLEZ CORREA

A LA SOMBRA DEL HIJO

IVAN OBOLENSKY

MUESTRA



SMITH-OBOLENSKY
M E D I A

Johnny Dodge y yo habíamos regresado a Nueva York después de arreglar mis asuntos y de trasladar mi despacho de contabilidad forense desde Los Ángeles. Era un miércoles por la mañana, en la primavera de 1977, y me encontraba sentado en una de las sillas para los clientes de su oficina en Dodge Capital cuando sonó el teléfono.

Johnny contestó y me pasó el auricular por encima del escritorio.

—Parece que el barón te está buscando.

Recibí el teléfono.

—¿Percy?

Reconocí la voz.

—Barón.

—Llámame *Hugo*.

—Hugo.

—Necesitas una oficina.

—Es cierto. Es lo que sigue en mi lista de pendientes.

—Bueno, hazlo. Por otra parte, reúnete mañana conmigo en el 21, a las siete de la noche. Cenaremos, los dos solos. Hay algunos asuntos que debemos discutir. No llegues tarde.

—Por nada del mundo.

—Muy bien —dijo y colgó.

Hugo era el barón Von Hofmanstal y mi futuro suegro. Técnicamente nos tuteábamos, pero yo solía llamarle por su título. Hugo me corregía esporádicamente. Yo creía que decirle *barón* acariciaba su ya prodigioso ego. Al fin y al cabo,

era pequeño de estatura y un poco rechoncho, como Napoleón. Hugo se parecía al emperador y tenía una presencia similar. Era a la vez carismático e intimidante. También tenía un carácter cruel y violento. Le gustaba batirse en duelo, cazar, hacer tratos y aplastar a quienes se atrevían a cruzarse en su camino.

Por regla general me cuidaba de no ofender a nadie, y con Hugo tenía especial precaución, pero aún debía establecer un protocolo coherente sobre cuándo llamarle *Hugo* y cuándo dirigirme a él como *barón*. Era una de las muchas cosas que intentaba resolver mientras batallaba con el hecho de que él y yo nos veríamos muy a menudo. Una relación así no estaba exenta de ventajas. Para empezar, estaba su hija y a la vez mi prometida, Brunhilde, o Bruni para sus amigos. Le devolví el teléfono a Johnny.

—Estabas pensando otra vez en ella —dijo, mirándome a través de su escritorio.

Vestía su atuendo típico de oficina: traje oscuro, camisa color crema y corbata azul oscura, con pequeños lunares blancos. Llevaba su pelo rubio algo largo, a la moda.

—Así es. Estás celoso, por supuesto.

—No lo creo. ¿Estás disfrutando de tu futuro suegro?

—Bueno, tal vez no. Hugo quiere cenar conmigo mañana en el Club 21.

—¿Solo ustedes dos?

—Solo los dos.

—Excelente. Tal vez te confiese sus secretos más oscuros, ahora que eres parte de la familia, o casi.

—Lo dudo, pero te contaré lo que pueda.

—Asegúrate de que así sea. Hablando de otro tema —que dudo de poner sobre el tapete, pero que debo exponer, ya que

es el siguiente punto de nuestra lista—: la oficina. ¿Qué te parecería renovar nuestra sociedad?

Esta era una decisión que no podía aplazarse más. Johnny era mi mejor amigo. Crecimos juntos en la casa de los Dodge, donde yo residí varios años, ya que mi madre y mi padrastro pasaban mucho tiempo en el extranjero. Habíamos formado una sociedad comercial que sucumbió por causa de la abuela de Johnny, conocida como *Maw* en la familia Dodge y como *la Arpía* en el mundo empresarial. Johnny había llegado a un acuerdo con ella, quien nos recompensó por su sabotaje deliberado a nuestra pequeña empresa. Desde entonces, había pensado mucho sobre la renovación de nuestra sociedad y, finalmente, había llegado a la conclusión de que era el momento de empezar de nuevo.

—Bien. Estoy de acuerdo. Intentémoslo una vez más.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Esa fue una época feliz para los dos, si no consideramos el final. Pero debo dejar claro que continúo con mi práctica de contabilidad forense por ahora. Con suerte, mis honorarios cubrirán los gastos generales mientras reunimos algunos activos. También es una oportunidad de ampliar la oferta de servicios.

—De acuerdo, pero puede haber cambios cuando estemos establecidos.

—Me parece justo. Tendremos que informar a tu padre, y puede que no le haga mucha gracia perderte para la práctica privada.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Francamente, me vendría bien la oportunidad de extenderme un poco, y él ya no tendría que preocuparse todo el tiempo por lo que hago. Podría funcionar para los dos. Voy a abordar el tema y a conseguir su aprobación. Él y mi madre irán a Rhinebeck esta

tarde. Podría ir yo también, informarles esta noche y regresar mañana.

—Me parece bien. En cuanto al despacho, empecemos con algo funcional y no demasiado ostentoso.

—Aquí tendría que discrepar. Una buena ubicación y una presentación sofisticada pueden ser bastante eficaces para vencer las reticencias de los inversionistas. Una apariencia demasiado austera hará que la gente piense que trabajamos con poco dinero y que no estamos a la altura de sus negocios.

—Pero, si es demasiado extravagante, tendremos muy pocos recursos para operar.

—Es cierto. Sin embargo, tengo buenas noticias: nuestras antiguas oficinas están disponibles. ¿Qué tal si llamo al agente inmobiliario y lo organizamos?

—De acuerdo.

Johnny se disponía a tomar el teléfono cuando entró otra llamada. Descolgó, escuchó un momento y preguntó: «¿Quién habla?». Tras una pausa, dijo: «Un momento» y puso en espera al interlocutor.

—No sé si quieres atender esto. El que llama dice que es el marido de Bruni.

—Eso es inesperado.

—¿Qué quieres hacer?

—Hablar con él.

—¿Estás seguro de que es prudente?

—No, pero parece que las noticias viajan rápido, y algunas cosas no pueden evitarse indefinidamente.

Johnny me pasó el teléfono y desactivó la llamada en espera.

—¿Así que tú eres Percy? —La voz al otro lado de la línea tenía acento francés y sonaba lejana.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Bernard Montrel, soy el futuro exmarido de Bruni. Escuche, porque tengo poco tiempo. Aunque parezca improbable, no albergo ningún rencor hacia usted. Dudo que hubiera podido hacer mucho para evitar la posición en la que está. Yo estuve en un lugar parecido. No tenía forma de saber lo terrible que sería. Enfrenta usted peligros similares y por eso lo busqué. Alguien debe decir algo. No confíe en nadie de esa familia. Su lealtad es solo para ellos mismos. Lo envolverá en hilos sedosos y lo hará dar y dar vueltas, antes de exprimirlo. Recuerde que tuve la cortesía de avisarle con tiempo. *C'est tout.*

La línea se cortó.

—¿Problemas? —preguntó Johnny.

—Sin duda.

—¿Por qué no me sorprende? Cuéntame.

Repetí lo que había dicho Bernard. Johnny no contestó de inmediato, sino que se echó hacia atrás en la silla y miró, a través de la ventana, el edificio de oficinas de enfrente.

—Creo que esto se puede calificar como un *momento Yago* —dijo por fin, volviéndose hacia mí—. Hay veneno en las palabras de ese hombre. Si fueras Otelo te aconsejaría que lo ignoraras por completo, pero no lo eres. Eres mi amigo y mi lealtad es solo para ti, independientemente de tu futuro matrimonio o de otras relaciones. Puede que no te guste lo que tengo que decir. ¿Quieres que continúe?

—Que no me guste lo que tienes que decir no sería particularmente nuevo, ¿verdad?

—Supongo que no, pero esto es diferente. Sé cómo soy cuando me involucro con alguien. Apenas puedo ver con claridad y escasamente escucho razones. Si alguien habla en contra de la persona que amo, me cuesta contenerme.

Las relaciones amorosas de Johnny habían sido una fuente inagotable de problemas. Eran persistentes, tumultuosas y nos creaban a los dos un sinnúmero de dificultades. Era a mí a quien acudía en busca de consejo, que invariablemente malinterpretaba, entendía de manera errónea o simplemente ignoraba en los momentos críticos.

—Lo entiendo —dije—. Siempre me cuidé de comentar tus asuntos amorosos por esa razón. En ese sentido somos diferentes, pero entiendo tu punto de vista. Es algo personal.

—¿Recuerdas cuando conocimos a los Von Hofmanstal y nos llenamos de sospechas sobre ellos?

—Creo que yo estaba un tanto paranoico en ese momento.

—Es cierto, pero recuerda que tuvimos razón en nuestra apreciación inicial. El barón quería los tesoros de Alice y estaba allí para conseguirlos. Mis padres, en cambio, nos dijeron más de una vez que eran gente buena y que valía la pena conocerlos. Mis sospechas se aquietaron, pero en realidad nunca desaparecieron. Ahora, no me malinterpretes, creo que Bruni es un buen partido para ti y tengo una gran opinión de tus futuros suegros, pero ellos tienen sus propios planes. No son parte de mi familia. Y el exmarido de Bruni no presentó ninguna prueba, pero, si yo fuera él, dudo que hubiese gastado el tiempo y el esfuerzo necesarios para encontrarte. Aparte de un intento genuino de advertirte, no veo ningún otro motivo para seguirte la pista. ¿No te parece?

—Es bastante probable —respondí—, aunque percibí cierto tono vengativo en sus palabras.

—Puede que haya algo de eso. Habla con Stanley. Si él dice que las afirmaciones de Bernard no valen nada, entonces sácalas de tu mente, y yo haré lo mismo. Pero, si piensa que hay algo, me gustaría saber qué te aconseja.

—Quizás este fin de semana.

—Mientras más pronto, mejor. De hecho, sería recomendable que vayamos a Rhinebeck ahora. Podrías hablar con Stanley, revisar tu propiedad y yo puedo conversar con papá. Después, cenaríamos todos juntos. Tú y yo podemos volver mañana temprano. Además, siempre está la cocina de

Dagmar para alimentar el alma, una oportunidad que no se debe desperdiciar. Ella también podría decirte algunas cosas.

—¿Por qué ahora, si voy a ir el viernes?

—Ya abordo ese punto. Mi consejo adicional es que hables con Bruni. Cuéntale lo de la llamada, pero creo que la charla con Stanley debe ser privada. No porque desconfíe de ella, sino porque permitirá una conversación más fluida que quizá no sea posible este fin de semana, cuando ella esté allí.

—Sin Bruni, entonces.

—Eso es lo que recomiendo.

Tenía algunas reservas en cuanto a volver antes de lo previsto, pero regresar en este momento parecía la mejor opción, dada la naturaleza de la llamada.

—Muy bien. Estoy de acuerdo. Sería una medida prudente. Dicho esto, estoy más que dispuesto a acoger cualquier secreto, maquinación o excentricidad de los Von Hofmanstal. Tomé esa decisión cuando decidí casarme con Bruni. Es parte del paquete y acepto todas sus implicaciones.

—Así es como debe ser. Tener mucha información nunca es inconveniente. Es la falta de ella la que trae problemas, por lo que he visto. Tienes la oportunidad de acabar con todas las sospechas y eso solo puede ser bueno.

—O de inflarlas.

—Eso también es cierto, pero, si fuera yo, preferiría estar prevenido. ¿No te parece?

—Sí.

—Entonces, está decidido. Le diré a mi asistente que consiga un auto y arregle una cita con el agente inmobiliario. Pasando a otro tema, que esta última llamada pone en primer plano, te vas a casar y nuestra relación va a cambiar. Ambos tendremos que adaptarnos y eso puede ser difícil. Pase lo que

pase, no quiero convertirme en una molestia o en una carga para ti.

—No creo que eso sea posible. Estamos entrando en una nueva dinámica, eso es todo y, como volvemos a ser socios, es probable que pase tanto tiempo contigo como con Bruni. No me preocupa eso, aunque a ti pueda inquietarte.

—Me inquieta un poco. Aun así, me siento mejor habiéndolo mencionado. Hablaré ahora con mi asistente y te daré un poco de privacidad para que hagas tu llamada.

Mientras Johnny se marchaba, me acerqué a su escritorio y marqué a la oficina del barón. Bruni era su abogada interna. Respondió una recepcionista y, tras una breve espera, me puso en contacto con mi prometida.

—Percy, ha pasado mucho tiempo.

—Un par de horas, pero se asemejan a la eternidad.

—Así es. El tiempo parece detenerse cuando estamos separados. ¿Qué pasa?

—Recibí un par de llamadas interesantes. La primera fue de tu padre. Quiere que nos veamos mañana para cenar en el Club 21, los dos solos.

—¿Qué suerte. ¿Pedirás el lenguado?

—Ya que él paga, con toda razón. También me ha llamado tu ex.

—¡Oh! ¿Y qué te dijo?

Con esa pregunta y ese tono, Bruni había pasado a su modo profesional. Repetí la conversación reciente al pie de la letra.

Ella hizo una pausa.

—Bernard es hábil. Se las ha arreglado para que sepas que acepta que él y yo hemos terminado, pero siembra a la vez una semilla de duda entre nosotros, con la esperanza de que crezca. Es problemático, pero no tendremos que preocuparnos por él

durante mucho tiempo. También debes saber que mi familia, tu futura familia, *siempre* tiene una agenda. Nunca habrá un momento en el que no se esté tramando algo. Mi padre enloquecería si no fuera así. Le gustas mucho a mis padres, lo que significa que serás parte de lo que sea que tengan en mente, y yo también quiero eso. Por cierto, lo que sucedió anoche fue delicioso, pero esta noche tengo que trabajar. Llegaré muy tarde.

—Eso podría ser beneficioso. Debo decirte también que Johnny y yo decidimos renovar nuestra sociedad, pero él quiere la bendición de su padre. John y Anne estarán en Rhinebeck esta noche como parte de un fin de semana largo. He pensado en ir con Johnny y volver mañana temprano. Tendré la oportunidad de hablar con Stanley, revisar el apartamento de Alice y hacer los arreglos necesarios antes de que tú y yo vayamos el viernes.

—Creo que suena bien. Y también me parece buena idea una sociedad con Johnny. Están hechos el uno para el otro. Por otra parte, tengo que revisar una monumental propuesta de negocios antes de una reunión mañana. Puede que incluso duerma en la oficina.

—¿En tu escritorio?

—Hay un dormitorio aquí. Es pequeño, pero hay una ducha y guardo algo de ropa.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti. No puedo esperar a ir a Rhinebeck contigo el viernes. Por cierto, yo no leería ninguna historia de fantasmas esta noche antes de dormir.

—De ninguna manera. Pienso descansar como un bebé.

—Mañana hablamos. Te amo.

—Y yo a ti.

Colgué el teléfono. Mientras esperaba que Johnny terminara los preparativos, pensé en Rhinebeck. Inevitablemente, eso puso en marcha el tren de pensamientos que había entrado y salido de mi mente desde la última vez que estuve allí. Quería saborear la belleza intemporal que me esperaba, pero me sentía inquieto. Aquella vez, cuando la limusina subía por el camino, oí que alguien me llamaba, implorando que volviera. La voz fue lo suficientemente clara como para hacerme girar y volver la vista atrás, pero, cuando miré a través de la niebla que se arremolinaba en la estela del auto, no vi a nadie.

En ese momento dudé de si lo que había escuchado era algo real o mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Mientras vivía en Rhinebeck, en algunas ocasiones, cuando caía la tarde, escuchaba sonidos peculiares o vagos murmullos. Los susurros viajaban entre las sombras del salón, detrás de las cortinas de la biblioteca, o pasaban junto a mí cuando me dirigía por las escaleras al piso superior. Entonces me daba vuelta, o los seguía, pero siempre se alejaban hasta que no lograba escucharlos más. Hablaba con Johnny sobre esto, pero él se encogía de hombros y decía: «No he oído nada de eso. Podría o no ser tu imaginación. El lugar es extraño, ¿qué te puedo decir?».

Tal vez Johnny no pudiera confirmar lo que yo había escuchado, pero los dos coincidíamos en que había algo

extraño en el ala oeste, donde vivió y murió su tía Alice. Mientras crecíamos, solo entramos en su apartamento cuando nos invitaba, y esas ocasiones habían sido breves y poco frecuentes. Luego de que Alice muriera y partiera a lugares que apenas alcanzábamos a imaginar, a veces nos sentíamos observados. Un frío se apoderaba de la casa y los espacios alegres se tornaban oscuros y sombríos. Los empleados se mostraban nerviosos y propensos a susurrar. Incluso Stanley se veía afectado, y su habitual servicio espectral se volvía más vacilante e inseguro. Dagmar, en su cocina, se irritaba con cualquiera que no se moviera con rapidez, lo que, según ella, era común en todos.

Johnny y yo nunca supimos la causa de estas sensaciones, solo percibíamos que la casa se sentía intranquila y perturbada. En esos momentos nos convertíamos en unos angelitos, hasta que la impresión pasaba y podíamos volver a nuestras travesuras normales sin mucho que temer, aparte de que nos asignaran más tareas cuando nos pasábamos de la raya.

Desde mi primera visita, la casa había proyectado un aura de misterio y una inquietante sensación de vigilancia. Corrientes profundas se movían bajo la superficie. Recordé el exterior gris oscuro de Rhinebeck asomando entre la niebla en una tarde amenazante de diciembre, justo antes de Navidad.

Johnny me había hablado de los numerosos escondites secretos de la finca, pero más que nada quería presentarme a Alice, su tía favorita. No solo tenía una extraña habilidad para frustrar las travesuras —me contó—, sino una alarmante clarividencia, que resultaba curiosamente reconfortante. En ese momento Johnny no podía articular esos sentimientos, pero sí advertirme que debía cuidar mis pensamientos, ya que podía apostar cualquier cosa a que su tía podía leer la mente,

incluso la mía. Consideré las implicaciones y me sentí un poco intimidado desde el principio.

Si podía leer mi mente, sabría lo vacilante que era mi existencia y cómo anhelaba tener un sentido de pertenencia. También percibiría la soledad y la oscuridad dentro de mi alma, y eso era más de lo que estaba dispuesto a transmitirle a alguien. Esto me llenaba de inquietud mientras sufría el largo trayecto que me llevaba hacia ella.

Habíamos bajado por la pendiente hasta la glorieta que marcaba la entrada. Vi cómo se abría la puerta principal y salía una mujer alta, de cabello negro azabache y con un vestido fino de color crema que parecía desafiar al día gris. Esperaba sola en lo alto de las escaleras. Sonrió cuando el auto se acercó, pero por un momento percibí algo más. Puede que también ella esperara nuestro encuentro con una sensación de inquietud, y me pregunté por qué. Conocía a Johnny y a Raymond, el chofer de John, de modo que la razón de esa emoción pasajera debía de ser el encuentro con la nueva niñera o conmigo. Era inconcebible que yo pudiera suscitar tal sentimiento, pero en ese breve momento de vulnerabilidad sentí compasión por ella. Vi que esta mujer, aunque era adulta, estaba tan sola y temerosa como yo.

Mientras rodeábamos el camino de entrada hacia la puerta principal, vi salir a un hombre con un chaqué. Él le cubrió los hombros con un chal color índigo y luego se hizo a un lado. El auto se detuvo, pero Johnny no esperó a que Raymond abriera la puerta. La abrió él mismo mientras la niñera protestaba, y me arrastró con el entusiasmo que le produjo ser el primero en presentarme a su tía.

Johnny saltó los escalones conmigo y anunció: «Este es Percy. Se queda con nosotros».

La señora sonrió y se inclinó ligeramente hacia mí mientras me tendía la mano. Inmerso todavía en ese momento de conexión, me acerqué y abracé su cintura. Ella se rio y dijo:

—Vaya, hombrecito. Aquí hacemos las cosas de forma un poco diferente, pero te lo agradezco igualmente. Soy Alice.

Retrocedí un poco nervioso, pero cuando miré sus ojos oscuros, brillaban con un placer que parecía enfocarse solo en mí.

—Me llamo Percy —dije.

—Sí, así es. Y este es Stanley —dijo volviéndose hacia el hombre del traje oscuro que estaba a su lado. Algo cruzó entre ellos y luego él me miró. Le tendí mi mano, pero no la tomó. La dejé caer a un lado. Me examinó con unos ojos azules brillantes que podrían esconder cualquier emoción o ninguna. No habló, solo asintió. Y de ese modo Stanley, unos segundos después que Alice, entró en mi vida como yo había entrado en la suya.

—¿Soñando otra vez?

Me sobresalté. Johnny había entrado y me observaba desde la puerta. Me estremecí y dije:

—Estaba pensando.

—Ah, sí. Pareces un poco inquieto. Háblame de eso en el auto. Está enfrente.

Un chofer del servicio de limusinas nos abrió la puerta y se dirigió al puesto del conductor. Arrancó y atravesó el tráfico de Nueva York, mientras Johnny y yo nos relajábamos en la parte trasera. Una vez en marcha, Johnny subió la ventanilla divisoria y le hizo una pregunta al conductor, quien no respondió.

—No puede escucharnos, así que podemos hablar libremente. Bien, pareces agitado. Cuéntame.

Dudé antes de responder y, en lugar de hacerlo, miré el paisaje por la ventana. Una vez más, me pregunté si lo que oí al salir de Rhinebeck había sido real o imaginario y no pude concluir nada. Además, había empezado a reconocer la posibilidad de que estaba irremediabilmente mal preparado para manejar una hacienda del tamaño de Rhinebeck. ¿Qué pasaría con los legados intangibles y con los que dependían de mí si fracasaba? Si lo hacía, no se me perdonaría nada, había dicho Dagmar, y habría consecuencias. Pero exactamente cuáles y por parte de quién, no lo sabía.

Con los años había llegado a creer que lo que fuera que hubiese en el centro místico de Rhinebeck no era del todo amistoso. Siempre había percibido una neutralidad reticente que podía desaparecer en cualquier momento. La conciencia de esa presencia me había asustado mientras crecía, especialmente en la oscuridad de la noche, cuando me despertaba sin ninguna razón excepto la de sentir que algo había perturbado

mi sueño. Ignoraba esas provocaciones lo mejor que podía, pero no siempre tuve éxito.

Cuando despertaba y la luz de la luna entraba por la ventana redonda de mi habitación, miraba por debajo de las sábanas las formas familiares de mi escritorio y mi silla. Nada parecía fuera de lugar, aunque nunca podía estar seguro. Mi imaginación luchaba con cosas que no lograba ver, y me tapaba la cabeza con las mantas para aplacarla. El sueño acababa por vencerme, pero no antes de que la angustia me extenuara. Otras veces, cuando no había luna, me sentaba en la oscuridad y susurraba suavemente a lo que fuera que me estaba escuchando: «Vete». El silencio o una bocanada de aire era la respuesta.

Después de muchos sucesos de este tipo, no pude contener más mi ansiedad. Le conté a Johnny lo que había experimentado. Su respuesta fue sencilla:

—Haz un trato —dijo—. Y eso fue lo que hice.

Seguí su consejo y llegué a una especie de acuerdo. Esa noche, susurrando a la oscuridad, acordé no decir nada a nadie sobre las perturbaciones que me despertaban, pero solo si me dejaban en paz. Pareció funcionar. Los incidentes se hicieron menos frecuentes. Una semana después le agradecí a Johnny su consejo. Movié su cabeza como diciendo que las paredes podrían oírnos y luego asintió. No volvimos a hablar del tema.

De vuelta al presente, suspiré y miré al campo. Me sentía ansioso.

Finalmente, tras una larga pausa, me volví hacia Johnny.

—He estado un poco reacio a regresar a Rhinebeck, si quieres saberlo. Puede que te sorprenda, pero así es. Oí que alguien, o algo, me llamaba mientras nos alejábamos la última vez. Podría haber sido mi imaginación, pero elegí

ignorar esa llamada, y ahora estoy de vuelta. No sé qué pasará. Además, la intuición de la última vez que estuve en Rhinebeck ha desaparecido.

—¿Se ha ido?

—Ha desaparecido. Su silencio comenzó en el mismo momento en que nos fuimos.

—Eso es preocupante. ¿Qué crees que está pasando?

—Realmente no lo sé. Estoy pisando territorio desconocido.

—¿Qué pasó exactamente cuando nos fuimos? Nunca me hablaste de eso.

—No lo mencioné porque no estaba seguro de haber escuchado algo realmente. Mientras nos alejábamos, una voz me llamó para que volviera. Sentí en esa voz urgencia y quizás anhelo. Era aguda, pero indefinida a la vez. No podría decir con precisión de dónde venía.

—Ya veo —dijo Johnny—. Yo no escuché nada, pero eso no quiere decir que tú no la hayas oído. Si quieres mi sincera opinión, no conozco a mucha gente que pueda cambiar de carrera, descubrir que lord Bromley es su padre, comprometerse, hacerse con una hacienda del tamaño de Rhinebeck, prometer a no se sabe quién que va a mantenerla y, tener además a los Von Hofmanstal como futuros suegros sin sentirse, al mismo tiempo, fuera de lugar. Todos esos cambios volverían loco a cualquiera. Puede que simplemente estés sintiendo mucha aprensión, incluso si lo que escuchaste fue real.

—Es posible, pero estoy preocupado.

—Lo sé. Crees que no estarás a la altura. Siempre lo crees. Pero realmente, Percy, no podrás liderar todo esto si ves catástrofes a cada paso... No si esperas ganar alguna vez. Cometerás errores. Es normal. Ahora tienes Rhinebeck a tu cargo. Bien o mal, ir a California a empacar tus cosas y

mudarte aquí fue esencial para que asumieras ese papel. ¿Correcto?

—Sí, pero tal vez no me devolví cuando debía. Ahora me preocupa haber condenado esta misión desde el principio.

—¡Escúchate! Realmente, Percy, el futuro no está escrito en piedra. Al menos no lo estaba la última vez que lo comprobé. Tienes que calmarte. Ya te he visto antes de ese humor. ¿Por qué no tomas una siesta mientras reviso algunos papeles? Dudo que hayas dormido mucho y ponerte al día solo puede ayudarte. ¿Le has comentado algo de esto a Bruni?

—No, no lo he hecho. Apenas si sabía cómo expresarlo hasta ahora.

—Está bien, lo hablaremos luego, cuando hayas descansado. Duerme un poco.

—Lo intentaré. Y gracias por escuchar.

—Por supuesto.

Mientras me acomodaba en la suave silla de cuero del auto, pensé que dormir era una buena idea. Podría necesitar toda mi energía, a juzgar por todo lo sucedido en mi visita anterior.

Leer más: [Amazon](#) u [otros](#)